

LA NUEVA KERKAPORTA

Por

Ladislao D'HAINAUT Fuenzalida
Capitán de navío, Armada de Chile

Introducción



NO EXISTEN grandes acciones persistentes que sólo dependan de la suerte o el azar: son siempre producto de las combinaciones del genio". Este pensamiento lo expresó Napoleón en Santa Helena en 1817 agregando que "el equilibrio político es un sueño".

Si es verdad que tras la política de "distensión" de Kissinger, ha habido y persiste la idea de un equilibrio político, la realidad de hoy probaría lo cierto del último pensamiento anotado, no pasando entonces de haber soñado uno de los pactantes, el iluso, y por otra parte, además, un sueño en colores al desconocer u olvidar que desde el corazón de la Unión Soviética, nada es dejado al azar sino que, por el contrario, todo es producto de una clara y por lo demás reconocida política expansionista proveniente de la esencia misma de la doctrina marxista-leninista, en lucha constante, infatigable y permanente por el predominio mundial.

Bizancio 1453

La historia se repite; cuántas veces no habremos oído y leído el aserto. Pero se-

ría aún más certero agregar: "la historia se repite, pero amplificada en sus errores y efectos".

La tragedia del Sudeste de Asia hace recordar lo ocurrido con la caída de Bizancio, pero en sus efectos, con seguridad que no será causa de un nuevo Renacimiento, que, como se sabe, se anota "siempre" como una de las importantes causas que lo provocaron. No se sabe ahora de sabios que huyan de Cambodia o Vietnam. A lo sumo han logrado hacerlo unos cuantos miles de seres desesperados y miles de huérfanos que no van a alterar nada las cosas como están, salvo constituirse en agentes visibles de los remordimientos de conciencia de algunos americanos.

Si bien es cierto que del Imperio Bizantino no quedaba territorialmente casi nada, excepto la gran ciudad de triple muralla, en ella y con ella, permanecía allí la presencia de la cultura greco-oriental o bizantina. Una amenaza a Bizancio, era la amenaza directa a toda Europa, máxime al lograrse, luego de siglos de "disensiones", el reconocimiento virtual al Pontífice y la reconciliación espiritual de ambas culturas, si bien aquello no alcanzó a producir efecto, ya que la magnífica ceremonia ocurrió en vísperas del asedio de la ciudad.

La caída de Bizancio constituye un acontecimiento de importancia trascendental. Por ello, Stefan Zweig lo incluye en uno de los momentos estelares de la humanidad que describió, magistralmente, por cierto.

Ello marcó el comienzo del avance romano en Europa y el dominio de los Balcanes hasta prácticamente fines de la gran Guerra 1914-18, y en cuanto al Mediterráneo, el último esfuerzo de los turcos quedó relativamente frustrado en la batalla naval de Navarino en 1830. Es de recordar la campaña de la Marina de los Estados Unidos en Trípoli, que marcó el inicio de la presencia americana en el Mediterráneo y motivada, precisamente, por la actividad naval de esos piratas contra mercantes americanos.

Hemos afirmado que la historia se repite, y amplificada en sus errores y consecuencias.

Veamos lo ocurrido con Bizancio, cuya caída no iba a ser producto de una casualidad. La Kerkaporta es como un símbolo o sello de toda la maraña política que precedió a su destino.

Comparada con la cultura bizantina, y en una época anterior al Renacimiento, Europa aún no salía del medievo y naturalmente, proseguía en sus luchas intestinas. Francia aún no lograba afianzar su propia nacionalidad, y en lucha constante contra Inglaterra. España todavía lejos de alcanzar su propia unidad y aún ocupado parte de su territorio por los árabes. Alemania, dividida en cientos de estados. El Sacro Imperio Romano con Austria y países del corazón de Europa parecía ir hacia una federación. Italia, dividida entre los Estados Pontificios, posesiones austríacas, españolas y ducados o principados, además de las Ciudades-Estados, de los cuales, los más importantes, Génova y Venecia, en pugna constante por el predominio mercantil de ultramar.

Hacia ese mundo desganado y empobrecido por siglos de guerras, cruzadas, pestes y otras calamidades, pero unidos todos, a pesar de ello, por la fe católica y el común interés de salvaguardar su territorio y posesiones, habrá de tenderse el llamado angustiado de los bizantinos al acercarse gradualmente la gran amenaza de los turcos.

Habría entonces de aparecer una gran voluntad estratégica en Mahomed II para que la amenaza se tornara inminente.

Como es usual en los conquistadores, este caudillo agotó los medios diplomáticos más persuasivos ante el emperador para aparentar pacifismo, mientras preparaba su ejército para el asedio.

Una vez listo, lo inició el 2 de abril de 1453.

El emperador envió sus diplomáticos por toda Europa y en especial ante el Papa en demanda de socorro militar, pues esta vez el peligro sobrepasaba con creces a los anteriores, tanto por la magnitud del ejército turco, como por el hecho que Bizancio estaba librada a las solas fuerzas de la ciudad, y en posición estratégicamente amenazada; además, por estar ya toda la ribera sur de Dardanelos ocupada por el enemigo, y por otra parte, los genoveses en concesión en el Bósforo. La pérdida de las comunicaciones marítimas, en caso de producirse ello en las aguas del Estrecho, ya sea hacia el mar Negro como al Mediterráneo, era simplemente la muerte por hambre aun en el caso de resistir los asaltos.

No puede pensarse que Bizancio fuese algo demasiado remoto, pues constantemente era mantenido el intercambio comercial por mar o tierra, y por otra parte, la pugna por la cuestión religiosa, sostenida por siglos, debió mantener latente en Europa la preocupación por ese estratégico estrecho. Por allí habían cruzado los persas hacia Grecia, y en este pequeño país, aún más dividido entonces que la Europa de ese momento, prácticamente todos esos pequeños Estados se unieron y derrotaron al invasor, salvando con ello a la cultura occidental y al resto de los europeos de la invasión oriental. Se recordará siempre la voluntad de los griegos cuando establecieron que "mientras el Sol nazca por el oriente, Grecia no hará la paz con los persas". Tal glorioso precedente, no fue tampoco suficiente para los mercantiles estados marítimos, que eran decisivos por su poder naval, para transportar y apoyar a las fuerzas expedicionarias de socorro. En el fondo no habrían hecho otra cosa que socorrerse a sí mismos manteniendo a raya a Mahomed. Es cierto que éste fue posteriormente derrotado en los Balcanes pero ello no obstó para que los otomanos

continuaran su avance y más tarde, la misma Viena habría de ser sitiada.

En la campaña, notable desde el punto de vista militar, la suerte quedó sellada por el audaz genio de Mahomed, al trasladar sus barcos por tierra y con ellos, lograr el bloqueo estrecho del puerto.

Sólo 4 barcos venecianos con algunas tropas que lograron entrar al puerto luego de dramático combate a la vista de la ciudad, fue toda la ayuda lograda.

Embajada tras embajada, en el período crítico anterior al asedio, había de fracasar ante la imposibilidad de los europeos de ponerse de acuerdo sobre la inminencia de la peligrosa suerte que corría un baluarte que era el escudo de todos.

El sitio fue sumamente corto. En efecto, iniciado el 2 de abril, el 29 de mayo lograban los turcos entrar a la ciudad, tras haber batido con artillería sus dos murallas exteriores. La defensa fue tenaz, heroica, suprema. Y se produce el hecho inaudito, increíble, único de la Kerkaporta: "La puerta olvidada", la pequeña puerta de la que nadie se acordó de verificar si estaba cerrada, y que al no estarlo, vio pasar a unos genizaros que, llenos de sorpresa por lo inesperado, penetraron a la ciudad, temerosamente y de a poco para pronto filtrarse en masa por ella y caer a las espaldas de los defensores, quienes creyeron que había habido traición y por ende, su defensa final lo fue en medio del pánico de la ciudad, invadida de golpe por el enemigo.

Luego del prometido saqueo, uno de los más espantosos de la historia a fuer de las víctimas, por las pérdidas de innumerables obras de la cultura acumuladas desde la antigüedad en esa ciudad, el sultán cumplió su promesa de abreviar su corcel en Santa Sofía. Cerró el capítulo, al abatirse la gran cruz de la Basílica, cuyo resonar en los mármoles del piso fue como el de profundis de toda una época y el ominoso retemblar de la caballería que muy pronto asolaría el Este del continente. Sólo entonces vino Europa a darse cuenta del significado de su egoísmo. Lejos había quedado el espíritu de las Cruzadas. Cuánto esfuerzo y cuánta sangre no habrían en el futuro de

gastar para contener el poderío otomano. Y la amenaza a su flanco, en el Mediterráneo, y en las fronteras orientales, como se recuerda, habrían de persistir ominosamente por siglos, sin dejar de mencionar que fueron excluidos de todo el norte de Africa. Las costas de España, Grecia, la misma Italia, bajo amenaza constante de los piratas argelinos. Y, lo que es peor, sin poder estructurar un contragolpe, aniquilador en el Medio Oriente, base de partida y corazón del poderío turco, lo que permitió que este gran peligro persistiera por tantos años.

La nueva Kerkaporta

Y el peligro para la civilización occidental nuevamente apareció desde el oriente, ahora desde el corazón de la Unión Soviética.

Se da por conocido el desarrollo del marxismo-leninismo, y se supone que se acepta que la lucha es por el predominio mundial. Un somero conocimiento de aquella doctrina, así como de los logros soviéticos lo comprueba.

El Este busca el debilitamiento de su principal adversario, por cualquier medio, y con éxito creciente en los últimos años.

Se supone que el baluarte de Occidente son los Estados Unidos. Como aliado más poderoso, su derrota traería aparejada la de los demás. Se le mina en su frente interno y se le debilita, se le confunde mientras se elige objetivos secundarios en los cuales está comprometido y allí se le ataca militarmente, con apoyo tecnológico y de material, a los ejércitos regulares e irregulares de esas regiones.

Introducen el concepto de la distensión, que hace suyo el gobierno americano. La primera distensión significa el retiro desde bases importantes extendidas en el mundo, que contribuyen, no tanto al cerco de la URSS, sino que, de ese modo, a mantener un espacio de seguridad al propio territorio norteamericano. Y se llega, tras el penoso desarrollo del conflicto en Vietnam, a la paz de 1973. Ello, sin que se sepa claramente en el mundo, que los EE.UU. no serán garantes de esa paz, aunque la realidad estratégica, luego de la retirada de las fuerzas,

así lo señala. Y de inmediato se produce la presión militar sobre Vietnam del Sur, abandonado a su propia suerte, y su invasión por fuerzas regulares.

Y se observa la indiferencia de los Estados Unidos, ante el avance victorioso sobre Saigón. La hecatombe de la retirada. El llamado angustioso de los sudvietnamitas. Llamados de apoyo, sin eco ni respuesta. No hay voluntad estratégica para reaccionar. Ni los refugiados conmueven. Son demasiados. Cae Camboya. A pocos días le sigue todo Vietnam.

Y junto con izarse los estandartes comunistas en toda esa área, incluso se regatean escasos fondos para ayudar a una multitud de desarraigados, dispersos, hambrientos y desvalidos refugiados. Y se quiere dar vuelta la hoja, mirar hacia otra parte; en las anteriores quedan los

50.000 soldados muertos y 150.000 mutilados americanos. Cómo hacer para que se olvidasen todos de ello.

La Kerkaporta no fue otra que las firmas del documento de una paz a sabiendas ilusoria, y su rúbrica, el acelerado retiro militar siguiente en el Sudeste de Asia. Y ahora, la desconfianza general en el aliado que no lo fue, cuando debió serlo, por su propia seguridad y la de todos aquellos a quienes se la ha asegurado. El águila pliega sus alas y su sombra se proyecta vacilante en las áreas restantes mientras en cinco océanos, 200 buques de guerra soviéticos hacen maniobras simultáneamente.

La URSS, sin pérdida de un soldado y con aliados a los cuales sí que apoya, echa al mar, confusamente, a un tropel de incierto destino.

¿Y ahora, qué?

